

barcos que navegan por los lagos azules parecen insectos que resbalan sobre la superficie de un limpio cristal.

Pasando de la Suiza italiana a la teutónica presencié desde las alturas del Hotel Dolder, cómo en un atardecer de sublime poesía, la ciudad de Zurich bajo el reflejo de sus hielos, erguida junto al lago, acicalaba su frente con una diadema de finas agujas góticas. Y vagué por las viejas calles de Lucerna, y ví su León, símbolo de fuerza y lealtad, entallado en la viva roca; y amanecí frente al monte Pilatus cuyos heleros parecían festones de nubes dibujadas en la profundidad transparente y luminosa del aire.

Luego, a París. ¿Cómo estará París—me preguntaba mientras el tren corría por las tierras rescatadas de Alsacia y de Lorena—después de la Gran Guerra? Yo recuerdo el París del año XII. Era entonces la *villa alegre y confiada* que no presentía la inminencia del choque. Era la explosión frenética del reír y del gozar, y los taponazos del áureo y espumoso vino, seguían haciendo salvas al recuerdo de la Revolución y de la Enciclopedia; mientras erguía su cuello el gallo francés y el desfile brillante de coraceros y dragones en la revista de Logchamps, tranquilizaba a la República.

